

Sobre unos versos de Rubén Darío

EL señor Enrique Díez-Canedo haciéndose eco de una crónica que escribió Gabriel Alomar en «El Imparcial» de Madrid, publica una nota, en el último número llegado de la revista «España», sobre una lamentable supresión de diez y ocho hermosos versos de Rubén Darío, que los editores vienen haciendo en el texto de la famosa *Epístola a la señora de Leopoldo Lugones*.

Tratándose de una omisión generalizada, pues la *Epístola* aparece incompleta, aun en las ediciones hechas en vida del autor, consultamos al respecto a nuestro querido maestro y amigo don Leopoldo Lugones — cuya señora posee los originales de la composición — quien nos aseguró que los versos en cuestión no fueron suprimidos por Rubén Darío, y que la ausencia de ellos en el libro se debe únicamente al descuido de los editores.

También nos demostró que la *Epístola* aparece muy mal corregida y con versos incorrectos. Así en la primera parte el verso 7, dice:

y la esmeralda de esos pájaros moscas.

En vez de:

y la esmeralda viva de esos pájaros moscas.

A fin de salvar todos los errores y dar una versión definitiva, de acuerdo con los originales, publicaremos en

nuestro próximo número el texto íntegro de la *Epístola*.

En tanto transcribimos los versos suprimidos en las ediciones corrientes, pues en la nota del señor Díez-Canedo dichos versos aparecen con erratas importantes:

En la tercera parte de la *Epístola* según la división que trae el libro, después del verso 41:

mantienen, lo confieso, mis entusiasmos
[mudos:

deben leerse estos dos versos:

si el sportman es Petronio con él mis gustos
[son;
porque si no, prefiero a Verlaine o a Villón.

En la cuarta parte, después del verso final:

con un monte detrás y con la mar delante.

deben agregarse estos seis:

Veo el vuelo gracioso de las velas de lona,
y los barcos que vienen de Argel y Barcelona.
Tengo arbolitos verdes llenos de mandarinas;
tengo varios conejos y unas cuantas gallinas.
Y, conforme al poeta, tengo un Cristo y un

[Máuser.
Así vive este hermano triste de Gaspard
[Hauser.

Y a continuación del último verso de la parte quinta:

¡Que por ser tan antiguas se sienten tan her-
[mosas!

corresponden estos otros:

Excúsame, si quieres, oh Juana de Lugones,
estas filosofías llenas de digresiones
mas mi pasión por Ramón Llull es pasión
[vieja,

perfumada de siglos de verso y de conseja.
Núñez de Arce hizo un bello poema. Núñez
[de Arce,

blancos pétalos sueltos del azahar esparce;
mas Ramón Llull es un limonero de Hesperia
injerto en el gran roble del corazón de Iberia,
que necesita el Hércules fuerte que lo sacuda
para sembrar de estrellas nuestra tierra des-
[nuda.

Esperamos que nuestros lectores agregarán estos versos en *El Canto Errante*, libro que contiene la *Epístola*; y que los editores tendrán en cuenta el texto que daremos en nuestro próximo número para las ediciones futuras.

En cuanto a la composición intitulada *La bailarina de los pies desnudos*, a cuya primera estrofa se refiere también en su nota, el señor Díez-Canedo, señalando que aparece incorrecta en los libros: el señor Lugones que se la oyó al poeta, nos autorizó a confirmar que ésta decía así:

Iba en un paso rítmico y felino
a avances dulces, ágiles o rudos,
con algo de animal y de divino
la bailarina de los pies desnudos.

Por otra parte, el sentido de la composición y particularmente el del tercer verso, que es el que aparece incorrecto en los libros imponen la palabra *divino*.

(*Babel*, N° 1. Buenos Aires).

Epístola a la señora de Leopoldo Lugones

POR RUBÉN DARÍO

I

*Madame Lugones, j'ai commencé ces vers
En écoutant la voix d'un carillon d'Anvers...*
Así empecé, en francés, pensando en Rodenbach,
cuando hice hacia el Brasil ¡una fuga.., de Bach!

En Río de Janeiro iba yo a proseguir poniendo en cada verso el oro y el zafir y la esmeralda viva de esos pájaros-moscas que melifican entre las áureas siestas foscas que temen los que temen el cruel vómito negro. Ya no existe allá la fiebre amarilla. ¡Me alegro! *Et pour cause*. Yo panamericanicé con un vago temor y con muy poca fe en la tierra de los diamantes y la dicha tropical. Me encantó ver la vera machicha, mas encontré también un gran núcleo cordial de almas llenas de amor, de ensueño, de ideal. Y si había un calor atroz, también había todas las consecuencias y ventajas del día, en panorama igual al de los cuadros y hasta igual al que pudiera imaginarse... Basta. Mi ditirambo brasileño es ditirambo que aprobaría tu marido. *Arcades ambo*.

II

Mas al calor de ese Brasil maravilloso, tan fecundo, tan grande, tan rico, tan hermoso, a pesar de Tijuca y del cielo opulento, a pesar de ese foco vivaz de pensamiento,

a pesar de Nabuco, embajador, y de los delegados panamericanos que hicieron lo posible por hacer cosas buenas, saboreé lo ácido del saco de mis penas, quiero decir que me enfermé. La neurastenia es un don que me vino con mi obra primigenia. ¡Y he vivido tan mal, y tan bien, cómo y tanto! ¡Y tan buen comedor guardo bajo mi manto! ¡Y tan buen bebedor tengo bajo mi capa! ¡Y he gustado bocados de cardenal y papa!... Y he exprimido la ubre cerebral tantas veces, que estoy grave. Esto es mucho ruido y pocas nueces, según dicen doctores de una sapiencia suma. Mis dolencias se van en ilusión y espuma. Me recetan que no haga nada ni piense nada, que me retire al campo a ver la madrugada con las alondras, y con Garcilaso, y con el sport. ¡Bravo! Sí. Bien. Muy bien. ¿Y *La Nación*? ¿Y mi trabajo diario y preciso y fatal? ¿No se sabe que soy cónsul como Stendhal? Es preciso que el médico que eso recete dé también libro de cheques para el Crédit Lyonnais y envíe un automóvil devorador del viento en el cual se pasee mi egregio aburrimiento harto de profilaxis, de ciencia y de verdad.

III

En fin, convaleciente, llegué a nuestra ciudad de Buenos Aires, no sin haber escuchado a mister Root a bordo del *Charleston* sagrado; mas mi convalecencia duró poco. ¿Qué digo?